

Los substitutivos del entusiasmo

Por E. TIERNO GALVÁN

Universidad de Salamanca

No es a mi juicio, lo más importante de nuestro tiempo carecer de entusiasmos, sino haber tomado conciencia de que la tragedia no tiene sentido. Me parece que con la hondura y en cierto modo el rigor de ahora, esto no ha ocurrido nunca. El responsable último de los acontecimientos trágicos, va siendo el experto y donde el experto tiene una función eficaz y definida, tragedia es el nombre retórico de la imprevisión o del error. No haber previsto con tiempo una epidemia, quita sentido trágico a la catástrofe que sigue a la epidemia. Admitido que esto sea así, que para el occidental moderno el concepto tragedia sólo tenga sentido en cuanto género literario, ¿qué significa la pérdida de lo que podríamos, enfáticamente, llamar sentido de lo trágico? Siguiendo los correlatos intelectuales y lingüísticos convencionales significa "expertización" del destino". En otras palabras, que el destino es asunto de los expertos. En sentido antiguo, concretamente en el sentido griego, el destino expresa que el cosmos tiene una inexorabilidad que imposibilita la praxis del mundo. En el proceso de lo que tiene que ocurrir, inexorablemente, así y no de otro modo en contra de o además de los hechos del mundo, el experto nada tiene que hacer. La función concreta corresponde al poeta especialmente dotado para imaginar e imaginizar lo inexorable. De este modo experto y poeta se oponen radicalmente. Expertizar es un verbo que también quiere decir destruir la poesía.

Ahora bien, el destino ha caído en manos de los expertos; de aquí que la tragedia en sentido clásico, no tenga conexión con los hechos del mundo. Los hechos del mundo no pueden interpretarse desde el destino en cuanto el destino se ha mundanalizado y el control del mundo es el control del destino. Los expertos dominan el mundo y en la medida en que dominan el mundo dominan el destino. El experto no tendría sentido si hubiese un destino exterior al mundo, o una mecánica del mundo que no pudiese corregir el experto.

En este sentido el experto es señor del destino. Pero esto supone que no hay destino sino expertos y volvemos a la cuestión del principio ¿puede haber entusiasmo sin destino?

Un alumno mío, decía hace poco, discutiendo esta cuestión en los seminarios de los viernes, en mi casa, que cuando veía “Esperando a Godot”, le entraron ganas de pedir que los devolviesen a su destino porque entonces “recobrarían el entusiasmo”

Es cierto que en su origen “entusiasmo” y “destino” están estrechamente unidos, pues ambos son cosas divinas, pero no es menos cierto que el entusiasmo como producto del destino no es propiamente una actitud griega. El entusiasmo lleva a reconocer el propio destino y secundarlo, pero no se une con el Destino en el sentido de la mecánica inexorable de un proceso del que participamos sin plena libertad. De aquí que el reino del entusiasmo coincida con el reino de la libertad y no con el reino del Destino objetivo e implacable. En resumen, que solo hay entusiasmo profundo cuando existe destino personal. Frente al destino cósmico no hay entusiasmo. Dos clases de destino y sólo un entusiasmo. Mi alumno tenía sin duda razón si su frase quería decir “devuélvanlos a su destino personal porque entonces recobrarán el entusiasmo”.

Parece cierto que el destino cósmico apenas ha tenido en la cultura de Occidente más valor que el de un artificio de base irracional para explicar estéticamente el carácter paradójico de la existencia. Los románticos utilizaron sistemáticamente la idea de destino cósmico —el sino— porque tenían plena conciencia de que proposiciones tales como “Napoleón no debía haber ganado la batalla de Marengo” eran operativamente insuficientes en cuanto ganó la batalla. La explicación la ofrecía el Destino. Un artificio semejante, aunque no con relación a Napoleón, está en la Eneida. Y es sumamente curioso que los teorizantes de Napoleón, empezando por Stendal, le vean un hombre sin entusiasmo, como corresponde al hombre-destino. *Fatis agimur, cedite fatis* dice Séneca, en Oedipus.

Pero el destino cósmico no ha sido aceptado por los occidentales más allá del nivel estético; los occidentales han aceptado el destino personal que no es incompatible con el entusiasmo ni con la libertad. En este sentido se puede decir que sin destino no hay entusiasmo. Cuando un escritor occidental post-helénico, ha escrito una tragedia, es decir, una obra en la cual el antagonista es el Destino Cósmico, la ha elaborado con un estado de conciencia retrospectivo, pensando más o menos deliberadamente, en los héroes antiguos y desde los tópicos heredados. La tragedia clásica no ha explicado nunca nada a los occidentales desde Grecia y hoy no tiene sentido.

La cuestión está en los destinos personales; en la mundanalización del destino. Según este punto de vista el destino está en la propia condición del hombre y no en nada exterior o ajeno a ella. Literatos o pensadores eligen uno u otro fundamento del hombre para definir el proceso del destino. Pero no es un Destino dado, sino más bien un destino que se elabora. En cierto sentido la libertad es el destino en cuanto las condiciones humanas básicas se viven según las voliciones conscientes. El hombre tiene el destino en sus

manos. No es que carezca de él, sino simplemente que lo tiene en sus manos. Esta es, sin dudar, la idea más fecunda de la Edad Moderna Occidental, y en ella participan, en el orden de los hechos tanto católicos como protestantes. El hombre tiene el destino en sus manos y por esta razón el destino se hace nuevamente trágico en cuanto expresa la lucha de cada uno consigo mismo. Este es, en el fondo, el destino moderno y la función del destino en la literatura moderna; expresa la lucha del hombre consigo mismo. "Contra mí y no contra los dioses", podría muy bien ser el lema que iniciara la lectura de la obra de Shakespeare.

La expresión mismo (mi mismo, consigo mismo) dice que hay unos determinantes que equivalen al destino inevitable sobre humano de los antiguos. Estos determinantes varían según la situación, mentalidad, nivel social e inteligencia de quienes los valoran.

Hobbes, hacia quien, con todos los respetos para T. S. Eliot, siento suma admiración, decía que el determinante básico era el miedo. El destino personal humano está en la lucha de uno mismo, contra su propio miedo. Miedo vendría a ser el elemento axial en la naturaleza humana y si la gente respondiera acerca de lo más íntimo y recatado que le mueve, diría, el miedo. La lucha de uno mismo contra su connatural miedo forjaría el destino y la libertad se mediría por unidades de miedo en una proporción inversa. A más miedo en todos más libertad en cada uno. Está aquí encerrada la simiente de muchas tragedias modernas. Ocurre sin embargo, que la palabra miedo dice demasiado. Los expertos la niegan y los propios juristas, cuyos tratados *De metu* tanto y tan bien pormenorizan, buscan otros lenguajes; bloquean de los centros de la agresividad por ejemplo.

Casi simultáneamente a Hobbes, un médico Español, Huarte de San Juan, escribía un libro determinista en el orden biológico en el que sostenía que de la relación cuantitativa en la distribución de los humores dependía la inclinación y capacidad en los oficios y quehaceres. Huarte cree que el destino es la "compleción" de cada uno y por consiguiente que la tragedia ineludible está en la orientación y lucha con los humores. Una doctrina biológica del destino que desde entonces hasta ahora ha tenido no pocos adeptos.

En cierta medida la personalización del destino está a la base de la tragedia neoclásica y en general del humanismo de la ilustración. En las tragedias neoclásicas que conozco, el problema está en la imposibilidad del protagonista de vencerse a sí mismo, lo que es en el fondo para los ilustrados un problema de educación, puesto que la educación es, antes que nada, control e intelectualización de los impulsos según los modelos que predominaban en la *Aufklärung*. Existe pues un proceso de personalización del destino en cuyo proceso tiene un papel importantísimo la "libertad" En cierto modo y dentro de este ámbito ser libre significa el derecho a protestar en nombre de la tragedia personal. La libertad es un resultado trágico, a fin de cuentas nace de la colisión con un destino personal; la compleción, el miedo, el nacimiento, la enfermedad. Porque también estos son destinos.

También en los Seminarios de los viernes, la frase tiene un sospechoso

tono de hermetismo y cursilería, me dijeron que desde hacia siglos, prácticamente desde siempre, el destino personal lo ha definido la clase social a la cual se pertenece, de tal modo que el destino de grupo ha predominado sobre el destino individual. Sólo cuando se rompió, o hubo oportunidad de romper, el destino de grupo, fue posible la tragedia personalizada y la percepción del destino como algo propio que desde uno mismo pugna y procede. Esto quiere decir que la tragedia moderna es propia de los burgueses —o intelectuales burgueses— pues solo ellos han tenido la oportunidad, por lo menos en los mejor dotados, de escapar al destino del grupo como exige la tragedia del destino personal. Quiere decir también que no ha habido tragedia propiamente dicha, si admitimos que el grupo proletariado ha tenido un destino colectivo. Para el proletariado europeo contemporáneo esta tesis no es válida. Si lo es para grupos humanos en infradesarrollo económico y racial, como se induce del extraordinario relato de Ricardo Pozas A. “Juan Pérez Jolote. Biografía de un Tzotzil.”

Pudiera ocurrir que la tragedia de grupo fuera una forma nueva, incipiente de tragedia, cuyas primeras manifestaciones se den en la literatura norteamericana. El grupo sería el destino y el individuo viviría la tragedia de la disconformidad. Esta nueva, incipiente tragedia se insinúa en *Babbitt* y culmina en *The Connection*, pero con matices distintos. El sentido máximo de la tragedia estaría en este último caso en la necesidad de sumirse profundamente en un grupo para sentir algo de entusiasmo individual. Hay algo, desde este punto de vista, sumamente profundo en la frase de Solly, comentando a Sam: “Claro que lo son, hombre (mas pecadores que tú), sin duda que lo son. *You happen to have a vice that is illegal*”.

Resulta pues, resumiendo y ordenando, que hay un destino, que no pertenece al mundo, es un ingrediente del cosmos pero no se le alcanza a los hombres nada que no sea su conocimiento cuando los hechos le obligan a mostrarse. Es el destino trágico propiamente dicho.

Hay un destino personal de raíz o fundamento psicológico que está en estrecha alianza con la libertad. En mí mismo hay fuerzas que me obligan a hacer esto o lo otro, pero con las cuales necesariamente he de luchar. La libertad es pues el resultado de la necesidad de luchar contra el destino. Es una idea de origen cristiano. Hay muchas fuentes de destino. Destinos mínimos, pero destinos. El hígado puede ser mi destino o también la ausencia de glóbulos blancos. Es el destino de los positivistas antiguos. Un destino menor pero de análogas consecuencias.

Por último, no hay destino. Solo hay expertos.

Antes de seguir con los expertos, quiero responder a quienes me dicen que estoy llamando tragedia al drama y que confundo las dos categorías. Si por drama entendemos un conflicto entre libertades, es decir, sin destino, entendemos algo que no se ha escrito. El drama en este sentido pertenece a la literatura del porvenir. Sólo una cabeza de primer orden y una imaginación poco común, pueden imaginar un conflicto entre libertades absolutas. Hasta ahora, no ha habido quien lo haya imaginado. De un modo u otro, escondido en el drama hay algún destino. Me gustaría que me citasen algún

drama cuyo elemento esencial fuese la libertad absoluta. Creo que no existe. Algunos escritores percatándose de la dificultad han intentado describir el mal gratuito como expresión de la máxima libertad, pero es inútil, pues cuanto más se insiste en la gratuidad del mal más aparece el destino. Está en la condición humana interpretar estéticamente, todo conflicto, desde la tragedia. El drama es una tragedia velada o desatendida. Sin embargo, los expertos niegan la tragedia por que niegan el destino, y por consiguiente niegan el drama en un sentido más profundo. El experto ve errores, arreglos, soluciones e imposibilidades, pero de tal modo que no ve ni admite en sus cálculos la lucha individual o colectiva contra lo irremediable o contra lo que no puede controlar. Cuando el experto dice que algo es irremediable o que en ningún grado se puede controlar, ha concluido su función. Se retira y deja su puesto al artista. Si un terremoto inevitable fuera a ocurrir y en ninguno de sus efectos se pudiera controlar, el experto se encogería de hombros y le diría al novelista, al poeta o al pintor: "es su oportunidad, escriba una oda o pinte un cuadro".

El entusiasmo nace de la remota conciencia de que el destino somos nosotros. No tenemos verdadero entusiasmo hasta que no creemos que somos protagonistas del destino. Esta condición une y da sentido comunitario a los distintos destinos. Pues el destino trágico no consiste solo en la presencia de lo inevitable, sino en la conciencia de que se participa de ello, aunque se luche en contra. Cuando los románticos decían que Napoleón era el destino, se sentían inexorablemente vinculados a lo que Napoleón representaba, aunque fueran liberales. En la propia estructura de la tragedia griega, el destino necesita de protagonistas. Nadie vive con entusiasmo si no cree que protagoniza algún destino. Pero en un mundo de expertos esto no es posible, porque el experto habla siempre en términos de control y controlable.

Hemos ido eliminando destinos. La religión ya no expresa el Destino, tampoco la Nación, tampoco la Raza. Quedaban los destinos menores, los destinos trágico-dramáticos como el amor a una mujer o la vinculación mágica a un radicalismo. Pero los vamos excluyendo porque los expertos los curan. Hay expertos que nos curan del destino.

Todo esto no es una queja. En cierto modo yo estoy haciendo de experto de los expertos. Creo que el destino personal, en el sentido trágico, está pasando, y que llegará un momento en que esto no tenga importancia. Pero hoy por hoy, quizás durante bastante tiempo, el humano occidental no está en condiciones de prescindir del entusiasmo y del destino como la fuente del entusiasmo. Es lástima, pero no podemos, aún, decir simplemente: no pretenda protagonizar el Destino. "Si le gustan estas cosas lea una novela. Porque el Destino personal y colectivo, el Destino erótico, son puramente temas." Una de las características de los terrores de nuestro tiempo es la conversión de los entusiasmos y de las fuentes de entusiasmo en tema. Tema en este sentido es algo muy difícil de definir. Equivale a la frialdad emocional frente a algo que de suyo requiere entusiasmo. Los estudiantes, particularmente los anglosajones, escriben trabajos escolares o cartas a sus profesores sobre este tema: "porqué razones mi simpatía hacia mi padre decreció

cuando comprendí que no me creía inteligente". A esto ayuda mucho la falta de entusiasmo romántico. Quiero decir que las palabras sugieren cada vez menos acciones o reacciones emocionales directas. Las propias palabras son "temas".

De aquí que convenga que entendamos bien esto: Al nivel actual de nuestros prejuicios, solo personalidades superiores pueden vivir faltas de entusiasmo, sin padecer traumas psíquicos graves. El conjunto de los humanos necesitan del entusiasmo y por consiguiente del Destino y, aunque en tono menor, de la tragedia. La humanidad necesita el entusiasmo para que el bienestar sea completo. Por esa razón hay que plantearse con rigor esta cuestión. ¿Cómo renovar las fuentes del entusiasmo?

II

El proletariado, que ha carecido de destino personal y no ha vivido hasta muy tarde el destino colectivo, necesita menos del entusiasmo que la burguesía. Pero es un hecho muy curioso que según el proletariado aumenta en bienestar sus exigencias de entusiasmos son mayores. No conozco trabajos estadísticos serios sobre este asunto, pero partiendo de la intuición y de una ligera investigación realizada por mis alumnos de Salamanca, se induce que en las segundas generaciones de proletarios que han alcanzado niveles de vida burgueses, se da la falta de entusiasmo, sobre todo con relación a la entusiástica sencillez de los padres, para los cuales la lucha por uno u otro ideal o Destino era fácilmente asequible y necesaria. Se puede concluir, hablando en términos generales, que el entusiasmo no se corresponde en grado con el nivel de la cultura individual y de la clase o del grupo social. Cuanto más culta es una persona y más segura de las estructuras del grupo al que pertenece, menos entusiasmo. Incluso se pudiera decir que el experto significa seguridad y en este sentido no puede estimular la protagonización contra el destino del que se participa.

Un hecho pues, que es necesario tener en cuenta, por los expertos que se dediquen a promover entusiasmos, es el de la no coincidencia de éstos con el nivel cultural superior. Está también en conexión la falta de entusiasmo con la capacidad crítica y el conocimiento del proceso histórico de otros entusiasmos. Sin embargo, a juzgar por lo que sabemos de la Revolución Francesa y de los entusiasmos nacionalistas, las minorías directoras los tienen con mayor ardor y profundidad y son los que realmente dan configuración histórica. Efectivamente la generalidad de un grupo humano se entusiasma secundando, es decir, más que nada secunda.

Pero procuremos no salirnos de lo fundamental y preguntemos: ¿Podemos los Occidentales hoy lograr un entusiasmo trágico? Parece que no. Ni siquiera lograremos un entusiasmo personal en función del destino personal. Nadie se interpreta ya a sí mismo como un destinado, estos casos son excepciones y por lo común excepciones perturbadoras si los clínicos no intervienen a tiempo. La libertad no se vive como un destino trágico o trágico-

dramático, sino como conformidad a las decisiones de los expertos. Pero el experto acabará por ser odiado y maltratado si no crea substitutos al entusiasmo. A mi juicio no hay posibilidades de que entremos en un entusiasmo trágico porque esto contradice al bienestar. Únicamente en los países semi-desarrollados puede haber ciclos breves de entusiasmo. Por otra parte no basta el arte para crear y sostener entusiasmos. El hombre quiere bienestar y entusiasmo ¿qué hacer?. Una de las cuestiones más importantes de nuestro tiempo, que no conviene convertir en tema, es esta: ¿Podemos crear substitutivos del entusiasmo? Porque el hombre ha perdido el sentido de la tragedia, pero no se resigna a vivir sin ella.

Un hecho importante en este aspecto es que no tenemos un arte —literatura, pintura, escultura— del bienestar. El arte continúa respondiendo a las condiciones de las épocas dramáticas, en el fondo un arte romántico. No puedo citar una sola novela que responda a las casas amplias, refrigeradas y a la vida cómoda, articulada según quehaceres que no implican un compromiso profundo. Por el contrario la novela en general tiende a eliminar la noción de experto y “expertividad” y esto ocurre precisamente cuando los escritores se convierten en expertos de la literatura. Pero es muy significativo que no acabe de surgir una literatura que sea grande sin necesidad de recurrir al sentido de la tragedia, que en la vida ordinaria se ha perdido. De aquí que el hombre contemporáneo sea un espectador de tragedias, a veces padece las tragedias pero no las entiende. Le parecen sin sentido, y al darse cuenta del sin sentido llamamos sentido común.

Es pues necesario buscar substitutos del entusiasmo, pseudo tragedias, hasta que el acoplamiento al bienestar sea perfecto. Esto sin duda plantea una de las cuestiones más difíciles del tema que tratamos. ¿La literatura del bienestar carecerá de entusiasmos? ¿Podrá recuperar el Destino? En todo caso el problema se plantea como una disyuntiva en cuanto la cuestión básica es ¿cabe bienestar sin entusiasmo? y de contestar negativamente hay que volverse a preguntar ¿cuáles son los nuevos entusiasmos?

Pudiera pensarse que la religión fuera un substitutivo aceptable, y que convenía aumentar la práctica de la religión y la inquietud religiosa. Es indudable que la religión cristiana ha nacido y crecido, de un hecho trágico, del de Cristo en cuya tragedia todo cristiano, de un modo u otro, participa. Pero las Iglesias temen, con mucha razón, al entusiasmo religioso. Han insistido en configurar cristianos conformes con el mundo y la virtud de la resignación repugna al entusiasmo. Por otra parte un entusiasmo exclusivamente íntimo vinculado a la fe no puede generalizarse en el bienestar. El entusiasmo espiritual religioso requiere dolor y nuestro mundo tiende a ser un mundo sin dolor. No parece hacedero cambiar, hoy, dolor por entusiasmo. Las clases cultas en particular y el hombre Occidental en general necesitan entusiasmo pero no quieren dolor y menos la muerte.

Tampoco parece hacedero fomentar las divinidades de grupo. Durante algún tiempo surgieron divinidades de grupo sobre todo en Norteamérica, pero con poco éxito y sin suscitar entusiasmos verdaderos. El paganismo parece que solo puede tener en nuestra época su expresión en el erotismo.

¿Eros puede ser aún una deidad Occidental?

Desde hace tiempo vienen algunos autores sosteniendo, directa o indirectamente esta tesis. Defienden que Eros es el destino y que toda tragedia es en el fondo una tragedia erótica. Todos conocemos la afirmación de Freud: la sexualidad es el destino. Es una afirmación que en cierto modo comparten Tennessee Williams y Lawrence.

Sin embargo, la simple sexualidad no es suficiente para substituir la pérdida del sentido de la tragedia. Conocemos literaturas, en particular la romana, en las cuales la sexualidad tiene cierto sentido universal. No obstante, la nostalgia de las antiguas virtudes era más fuerte. La sexualidad en la especie humana es un ingrediente del erotismo y, con frecuencia, no el principal. La idea de que el "amor libre" es la base de la liberación psicológica es la idea producida por el resentimiento sexual de clase, uno de los resentimientos más fuertes de la cultura europea. Por erotismo hay que entender, en este caso, no el amor platónico ni el simple instinto, sino una voluptuosidad continua y razonablemente estimulada. La pura sexualidad se orienta según fetichismos sociales e imágenes aprendidas desde la niñez. Un alto índice de voluptuosidad no es incompatible con la cultura de expertos. Los expertos pueden contribuir a su estabilidad y razonable desarrollo. Este es nuestro primer hallazgo, es necesario un elevado índice de voluptuosidad. Es decir, no el individuo en cuanto tal, sino el conjunto deben ser voluptuosos. No se trata de que el individuo *busque* el placer; el placer debe recibirlo del medio. Sentirse partícipe y creador de la voluptuosidad.

Pero es incuestionable que esto no basta. Es *un* substitutivo del entusiasmo, pero no es *el* substitutivo. Se puede elevar la voluptuosidad incluso empleando fármacos que sostengan un nivel alto de satisfacción física, pero es dudoso si no se producirán reacciones colectivas de nostalgia del dolor o estados depresivos individuales de suma peligrosidad para el grupo. No es posible hacer de la voluptuosidad el destino. No obstante, no es razonable preparar a las generaciones jóvenes para el ascetismo. Este es un criterio incompatible con el sistema de sistemas que regula actitudes y prejuicios en la sociedad actual.

En el término voluptuosidad introduzco todo elemento que produzca satisfacción personal, superioridad genérica y consciencia de las posibilidades de acción y creación estética del ser humano. Particularmente la mujer debe entrenarse para la estimulación voluptuosa en los términos que los expertos juzgarían razonable. Es sin duda la función más clara que le corresponde y le corresponderá en el futuro.

Volvemos a encontrarnos, necesariamente con el tema, artístico. Ahora puedo tratarle como un tema, pero es urgente que Universidades, Liceos, Ateneos, en la conversación privada, la literatura o la pintura no sean un tema. Es necesario que se incorporen a la problemática personal como una fuente, relativa, de entusiasmo. Cuando el arte se vive incorporándolo a nuestras propias seguridades o perplejidades, el arte contribuye a "destinarnos", nos obliga a la vida trágica o pseudo-trágica por una parte, y por otra crea y fortalece relaciones sociales desde el "hecho" de un libro o un cuadro. El

arte obliga a "enfrentarse con" y el correlativo proposicional no es una quimera, sino algo real, un cuadro, un libro, etc. El arte es siempre un compromiso con la inverosimilitud, pero nada más que un compromiso, pues lo importante del arte es que existe como un hecho.

El descenso del arte como fuente de entusiasmos es uno de los hechos más importantes de nuestro tiempo. Va vinculado a un descenso general de la curiosidad intelectual que a su vez es correlativo de la división del mundo en sectores de expertización. Los expertos dicen, en términos generales, los resultados y no hay que ocuparse de más. En el orden más general es un hecho comprobado que el intelectual ha disminuído su capacidad de lectura hasta el punto de ser excepcional, el profesor medio que pasados los cuarenta años lee con entusiasmo. Por una parte hay confianza en los otros expertos y conciencia de la inaccesibilidad de ciertos saberes, por otra la excesiva "tematización" de la cultura, que ha producido un intelectual de "temas" desprovisto de entusiasmo. El humanismo fue entusiasmo por la cultura, entre otras cosas, y su desaparición corresponde a la "tematización" de los hechos culturales.

A mi juicio, si se entrenase a la juventud que ha de constituir las minorías directoras, para una vida entusiasta desde la reflexión de que por ahora no son posibles entusiasmos auténticos en conexión con el sentido de la tragedia, se habría dado un gran paso hacia un bienestar más profundo. Incluso se avanzaría hacia, la hasta ahora imprevisible e inexistente literatura del bienestar.

Creo que es preferible, antes de continuar, discutir dos objeciones que con frecuencia surgen cuando se discuten estos asuntos; una que los puntos de vista que me sirven de base y guía, están manifiestamente exagerados. Otra, que lo que hay de valioso en ellos solo afecta a círculos muy restringidos de la cultura occidental, en particular la anglosajona. Por desgracia no disponemos de estudios sobre el índice de entusiasmo en relación con hechos e ideas en los diferentes círculos culturales, pero las afirmaciones que sostengo están basadas en las actitudes generales de las minorías cultas en particular y del hombre medio en general. Son el resumen y el resultado inducido de una infinidad de escritos sobre la masa, el hombre masa, la mediocridad contemporánea, la decadencia de la cultura occidental, el agotamiento de las fuentes de creación, etc. . . Parece que, en términos generales, se acepta el hecho de un descenso en el nivel del entusiasmo en Occidente. En cuanto a otras áreas culturales, la china por ejemplo, hay claramente una renovación del entusiasmo, resultado de la destrucción de una cultura que le había eliminado sistemáticamente. Pero esta es otra cuestión. Yo también creo que la destrucción de la cultura occidental provocaría entusiasmo. Construir desde los supuestos de una concepción del mundo triunfante equivale al Destino.

En todo caso, pese a los agoreros, no se ve, ni próxima ni remota, tal destrucción. Entusiasmos tampoco hay. A los expertos en general, a las minorías directoras corresponde buscar los substitutivos del entusiasmo.

Desde luego, en los países semi y subdesarrollados existen entusiasmos, pero son entusiasmos arcaicos, que crecen por razón de las estructuras social

y económicamente atrasadas. En el proceso del desarrollo de esa estructura es previsible el conformismo desentusiasta.

Parece a primera vista, que la política puede substituir el entusiasmo o quizás ser una de sus auténticas fuentes.

Bacon dijo: "la verdad es hija del tiempo", se podría decir "el entusiasmo es hijo de la política". Es tanto como aceptar que la política es el destino. Durante algún tiempo y para el común de los ciudadanos así ha sido. La voluntad del Rey, o, en términos abstractos del Estado, nos lleva a la muerte, a la gloria, al pillaje. Se nació implicado en la política que era un destino al que servíamos y contra el cual luchábamos. Los dramaturgos tuvieron enseguida conciencia de esto y la política llenó el mundo de tragedias, desde Esquilo hasta Schiller. Guillermo Tell podía muy bien haber dicho "la política es el destino" La última de las actividades en la que el sentido de tragedia estaba vivo es, la política. Por otra parte, la política ha rechazado siempre a los expertos. Los tolera hasta cierto límite pero pasado este límite, predomina la astucia, la intuición, la decisión. Nadie puede decir con rigor: "soy un experto en política" Podrá decir, con razón, que es un experto en Derecho Administrativo.

Pero solo en el ámbito de las relaciones exteriores y con limitaciones evidentes vivimos la política como si fuera el Destino. En el orden de la política interior los expertos mandan, y la política internacional ha sufrido un proceso de interiorización dentro de los dos grandes bloques occidental y oriental. La política exterior de España por ejemplo, es propiamente política interior occidental.

Pero por un proceso que todos conocemos, que se refiere a la intervención de la voluntad de cada individuo en las relaciones de poder, organizándole como un aparato de administración de los intereses particulares, la política no engendra entusiasmo en sentido propio. La administración no entusiasmo. En la medida en que la política es administración no es fuente de entusiasmo. La destrucción de los fascismos, el convencimiento de que en política el entusiasmo colectivo es peligroso cuando se vincula al Estado como expresión del Destino, ha llevado en los países desarrollados a constituir la política en substitutivo del entusiasmo. Es cuanto más deporte, y en el deporte no hay entusiasmo porque en la esencia del deporte está la libertad para declararse vencido sin agotarse ante lo inexorable.

No obstante, es un buen substitutivo para hombres y mujeres medios. Por otra parte, política menor y voluptuosidad han ido siempre unidas. Sin embargo, el poder político vivido con intensidad ha puesto al erotismo sexual entre paréntesis.

Sin ahondar demasiado parece que todo se reduce a una cuestión de educación y hábitos. Los latinos continúan educándose en función de entusiasmos mayores, entusiasmos que salvan y los anglosajones hace tiempo que se educan para entusiasmos menores. Pero no es esta la cuestión. La cuestión está entre el destino y los expertos.

Lo que define a un experto sobre cualesquiera otra característica que se le pueda atribuir, es la falta de amor por los objetos de la expertización.

Puede incluso sostenerse que para un experto la erótica está excluida del conocimiento profesional. Expertizar es "medir" la utilidad o la eficacia. Amar es, de un modo u otro, desmedimiento. En una sociedad utilitaria y eficaz la palabra amor tiene un significado peculiar en cuanto se refiere a conductas en el fondo desprovistas de entusiasmo. Donde existe amor en el sentido antiguo, hay Destino. Pero el experto no puede amar lo que expertiza a menos de dejar de ser experto. Así ocurre que en el mundo de expertos no se ama a las cosas y tampoco a los seres vivos, se les "valora" o "mide" y se les justiprecia. Esta actitud es esencial al bienestar generalizado y se corresponde con el consumidor satisfecho.

Hemos por consiguiente, de buscar no *amores* sino *aficiones* y *entretenimientos*, con entusiasmos menores, entusiasmos laterales como conviene a los expertos.

He de advertir que todo esto que digo no significa que al ser humano occidental le hayan extirpado el entusiasmo. Es sin duda capaz de entusiasmarse. Pero la estructura social contemporánea no tolera los entusiasmos, que son perturbadores. Por consiguiente no los estimula y lentamente los hará antisociales. Los modelos sociales no provocan entusiasmos antiguos. Quizás reaparezcan, pero no por ahora ni en el futuro inmediato. Un entusiasmo auténtico es ya en muchos casos risible y acabará por ser inmoral. De aquí la necesidad de entrenar para entusiasmos menores que substituyan la tragedia. Es una obligación, hasta tanto que el bienestar haya encontrado su peculiar substitutivo del entusiasmo. Ni siquiera puedo conjeturar qué palabra predeciría esta nueva actitud.

La voluptuosidad y la política son buenos substitutivos, también el arte, siempre que el arte se personalice y se convierta en algo no temático; también el daño.

Esta es una cuestión difícil. No puedo referirme al mal, porque el mal es generador de entusiasmos auténticos. En tanto cuanto el mal estuvo fuera del alcance de los expertos hubo entusiasmos por y en contra del mal. Pero hoy es difícil encontrar el mal. Es una palabra que va, incluso perdiendo vigencia, en cuanto sustantivo. Es un adjetivo que quiere decir inútil o ineficaz. Ha perdido significado moral y religioso y equivale a daño, desperfecto o error.

Hasta hace relativamente poco tiempo, hasta Barbey d'Aureville, por ejemplo, el mal en la dimensión estética seducía o entusiasmaba. Incluso en las ingenuas prácticas del mal del perverso Rocambole, había personas que encontraban profundas satisfacciones, pero desde hace años la novela y la poesía han abandonado el mal como asunto. No es fuente de entusiasmo. El mal lo miden los expertos; es daño. El daño provoca un entusiasmo menor que va unido a la satisfacción de destruir y provocar una nueva cantidad o medición. Las investigaciones psicológicas respecto de los llamados "gamborros", han denunciado, así dicen los expertos, que cuando destruyen lo hacen con satisfacción unida a la cantidad. Esta peculiar toma de conciencia de la abundancia es el mal contemporáneo. La acción que causa daños es coherente con el consumidor satisfecho y la abundancia. Es un entusiasmo

menor del cual es muy difícil prescindir, pero también controlar. No obstante, sin un mínimun de este entusiasmo menor el bienestar puede ser peligroso. Reconozcamos, pues así es, que no existe una literatura, digna de respeto, del *daño*. Aún se sigue escribiendo literatura del mal.

Este ensayo resulta divagatorio, casi incoherente y conviene recordar que habíamos dicho que el destino moderno es el destino que “se hace”, el destino que está en nuestras manos. No quiere esto decir que hayamos sido hacedores del destino, sino algo de menos importancia estética, quiero decir, que llevabamos el destino conscientes de él. Digamos que habíamos aprendido a amar lo inevitable y que la tragedia había retraído sus elementos a ese último estrato de inevitabilidad. La conciencia de que realmente existe lo inevitable, no la de la resistencia a ello, era nuestro destino.

Pero la relación del experto con lo inevitable es singular. Simplemente lo constata como un hecho que no es susceptible la acción del experto. Lo inevitable es antisocial y hemos de conseguir excluirlo. En una sociedad bien constituida lo inevitable será tan solo una posibilidad referida al fracaso de los expertos. Sin embargo, la relación de experto y fracaso tenderá a excluirse.

Y ahora recogemos otra vez el hilo de los substitutivos del entusiasmo. El entrenamiento antiguo del hombre occidental preparaba a éste para lamentar el fracaso. Es menester entrenarle para la asimilación del fracaso como una ventaja. Ya ocurre, pero es necesario que ocurra como parte del entrenamiento mental. En la sociedad del bienestar el fracaso individual es aconsejable en los límites que el entrenamiento aconseja. El fracaso substituye al Destino si produce entusiasmo.

Por último, confiemos en que éste sea el último “por último”, queda la *diferencia* como fuente del entusiasmo. En los países europeos el Romanticismo convirtió la nación en Destino. La nación en cuanto era nuestro destino, era nuestra diferencia y sustituía o completaba a destinos más profundos. Pero es una diferencia que se ha trivializado. La nacionalidad no diferencia profundamente. La diferencia en cuanto fuente del entusiasmo tiene que ser evidente e irreductible. La diferencia amarilla o la diferencia negra. No es solución despigmentar a millones de seres, no es solución pigmentar a otros. Los expertos dejan paso al artista y surgirá el entusiasmo negro apoyado en una real *diferencia*. Las otras diferencias, incluso la religiosa, son menores, frente a estas diferencias tan profundas. En el ámbito negro puede nacer un entusiasmo auténtico porque tienen una diferencia insuperable y un déficit de racionalidad que obstaculiza el intento de superarla. Los expertos siguen la política del tractor y de “rancontres”. Nivelan los posibles entusiasmos pero aquí y por ahora hay un límite porque para millones de personas ser negro es el destino.

Quien vive en nuestra época de una manera más dramática la falta de entusiasmos es el intelectual que se dedica a las letras. Las Humanidades, no están integradas en la cultura de consumo y bienestar de un modo perfecto. La historia, la literatura, la especulación imaginativa no verificable

por la legalidad matemática o justificada por la utilidad, son saberes secundarios cuya función principal es *distracer*. El humanismo no ha sido nunca distracción y cuando lo es pierde autenticidad. La novela, la poesía, la pintura han sido durante siglos saberes que abrían y definían el conocimiento del mundo. La educación, en el sentido de *paideia* o *Bildung* era incompleta sin esos conocimientos y el mundo ofrecía un panorama imperfecto a quien desconocía estos saberes. Quienes dominaban su proceso y poseían su método eran los conocedores del sentido de la realidad. Hoy no; ni siquiera la Filosofía en cuanto saber humanístico es apertura y guía respecto de lo real. La propia Filosofía de la Ciencia, es otra cosa que distracción respecto de los saberes que definen y controlan al mundo. De este modo el humanista moderno, *l'homme de lettres*, es un personaje secundario relegado a un nivel inferior. Por otra parte, esto es en cierto modo justo, porque los saberes humanísticos son fácilmente asequibles y, en su dimensión actual, no dicen nada nuevo o muy poco, o lo que dicen no es de importancia efectiva en el ámbito del bienestar. Un sabio matemático o físico puede conocer griego y latín, opinar de crítica literaria, y tener conocimientos especiales de historia sin más esfuerzo que el que exige una afición. No será, desde luego, un conocedor minucioso ni un erudito, pero el nivel de bienestar no aumenta ni disminuye por ello. El humanista no tiene entusiasmos entre otras razones porque adquiere conciencia de que su función es inferior y comienza a rozar la incapacidad. En la jerarquización del mundo moderno quien no sirve para el conocimiento o la investigación científica y técnica, estudia humanidades. El humanista no es un creador de bienestar sino de distracciones y superfluidades. No tiene un destino, es simplemente *incapaz*. En las zonas a las que no llegan los expertos, tienen su acción los *incapaces*. Pero precisamente la cuestión descansa en esto, ¿qué sentido tiene para nosotros occidentales de hoy una cultura en la cual el humanismo significa incapacidad?

Princeton, 1961.